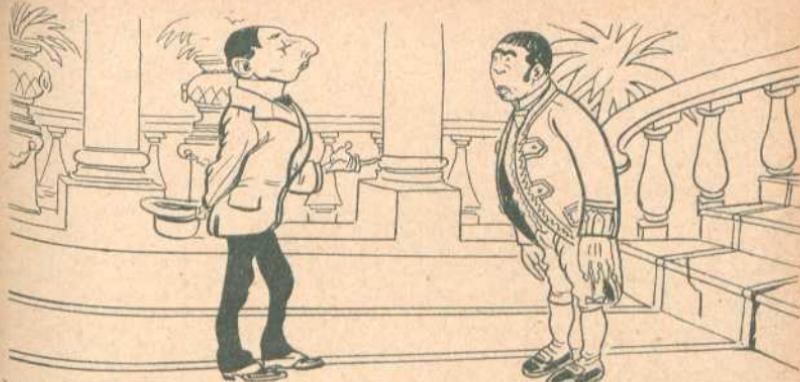


## Crónica de España



Llegada de Figueroa Alcorta.—Las gafas del ex vice.—Una "interview" fracasa.—La "plancha" del cronista.—Consejos á Figueroa.—"Jettatura!"

Una buena mañana me sorprende la noticia de que Figueroa Alcorta estaba a punto de caer sobre Madrid. Tiré el periódico en que leí la nueva, y en seguida me puse á preparar un cuestionario para celebrar una interview con el ex presidente de la República Argentina.

—Le preguntaré—decíame yo—sobre el porvenir de América, sobre las relaciones entre su país y España, sobre los medios morales, intelectuales y de índole económica de estrechar los lazos y afirmar el intercambio entre los dos países... etcétera, etc.

Al logro de mi objeto, fui á la estación, vestido de tiros largos. Llegó el tren, pero no el señor Figueroa; y, desde el ministro de Estado á este modesto narrador, todos los personajes y personas que en el andén nos habíamos reunido, nos volvimos á Madrid, el que más y el que menos pensando en la jettatura.

Llegó al otro día; es decir, llegaron unos señores y á ellos pegaó, como el narigudo quevecesco á su nariz, el señor Figueroa. Yo pensé si el advenido ex presidente pararía puesto el tren por segunda vez, se había puesto en lugar de las gafas dos cristales de reloj. Y hasta hubo de figurarme que venía metido en un funeral para conservar su físico del polvo del camino. Tan deslumbrado quedé al brillo de aquellos enormes cristales!

Después del primer saludo, dije que deseaba me concediese una interview para el P. B. T. La respuesta fué inmediata:

—Sobre eso... veremos, y recalcó la frase:

Yo no salía de mi asombro, y estuve á

punto de soltarle de sopetón, esta rociada:

—Pero, señor Figueroa! ¿es usted en paz de conjugar el verbo ver en futuro con esos lentes tan grandes?

Aquello me escamó, y me puse en guardia. Fuí al Hotel Ritz, donde se hospeda... El señor está malo... El señor está descanzando... El señor ha salido... Le dejé una tarjeta, reiterándole con viveza mi deseo, y, por si como yo me presunía, guardaba algún resquemor hacia P. B. T., incluyó otra cartulina en que constaba mi calidad de redactor de un periódico de esta corte. Fuera por el cristal derecho, ó bien por el izquierdo, el reporter estaba dispuesto á asomarse á ver al señor Figueroa, metido en la vitrina de sus gafas colosales.

Y me recibió al fin, justo es decir que con la mayor cortesía. Pero al querer dar comienzo á mi tarea, el gato, que ya tenía el rabo fuera, acabó de salir de su escondite. El gato era la negativa más rotunda.

—Para P. B. T., nada—me dijo.—Ese periódico me ha combatido y puesto en ridículo muchas veces, mientras fui presidente de la república. Usted, sin duda, hará poco tiempo que ostenta su representación en España; de lo contrario, no habría solicitado con tal carácter esta entrevista conmigo.

—¡Plancha! —dijéme.—Requerí el chapo, y á respirar oxígeno callejero.

Tenía razón el señor Figueroa. Mi modesto nombre tuvo la suerte de entrar en la Argentina cuando el ex presidente se hallaba pasando su gravedad ceremoniosa por Europa. Tentado de la curiosidad, busqué con empeño, hasta encontrarla, una colección de P. B. T., y entonces me entere de las intervenciones, de las tierras y colonias, de que al político cordobés le llamaban ex vice, y de otras muchas cosas que me hicieron la mar de gracia.

